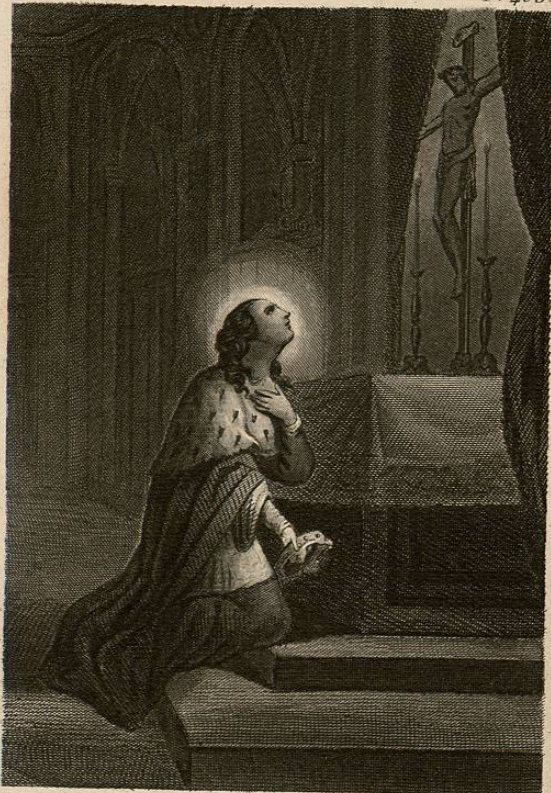


T. II.

P. 403.



STA ISABEL  
DE UNGRÍA, VIUDA.

## DIA DIEZ Y NUEVE.

SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA, VIUDA.

Santa Isabel, hija de Andrés II, rey de Hungría, y de Gertrudis, hija del duque de Carintia, fué una princesa segun el corazon de Dios. Desde su mas tierna edad fué prometida para esposa al landgrave de Turingia, á cuya corte la llevaron cuando cumplió los cuatro años, y en ella se crió en compañía de la princesa Inés, hermana del principe, su futuro marido. Previno la Señor con las bendiciones de su dulzura; y en medio de su niñez, conociendo la majestad de este gran Dios, se postraba penetrada de respeto en su divina presencia, como lo acredita el suceso siguiente. Criándose en compañía de la princesa Inés, se ponía siempre el mayor cuidado en que las dos princesas anduviesen uniformemente vestidas: iguales galas, iguales joyas, y en todo iguales insignias. Cuando iban á la iglesia les ponian en la cabeza una corona de oro, cuajada de preciosa pedrería, y las acompañaba Sofía, madre del landgrave de Turingia. Pero luego que entraban en el templo, Isabel se quitaba la corona; y como la reprendiesen por eso, respondió la santa niña: *No permita Dios que tenga yo valor para ponerme con una rica corona sobre la cabeza en la presencia de un Dios, coronado de espinas y enclavado en una cruz por mi amor.* Una tierna princesa, en la flor de su edad, con todas las insignias de la soberanía, y en una corte tan brillante, empapada en máximas tan cristianas, muy desde luego arrebató hácia sí la admiración universal. No se hablaba de otra cosa que de

sus raras virtudes. Hechizaba á toda la corte su modestia, su cordura y su tierna devocion. Confío Dios este precioso tesoro al landgrave de Turingia. Casose con ella luego que entró en los catorce años; mas no por eso se dividió el corazon de la princesa. Con el mismo amor con que amaba á Dios, amaba á su marido. Cada dia crecia su piedad, porque cada dia descubria mas y mas lo mucho que dependia de Dios. En cierto dia muy solemne salió de su palacio, acompañada de una corte tan numerosa como brillante, soberbiamente vestida, y con la corona en la cabeza. Rodeada con todo el esplendor de tanta magnificencia, entró en la iglesia, y el primer objeto que se le presentó á la vista fué la imágen de un devoto crucifijo, reducido por su amor á la desnudez de la cruz. Movido su tierno corazon á vista de tan doloroso objeto, inclinó hácia él con profunda veneracion su coronada cabeza; y siendo sus ojos intérpretes fieles de sus interiores afectos, se desataron en lágrimas, y reprensiéndose á sí misma la devotísima princesa, se decia: *Viendo estoy aquí á mi Criador, á mi Redentor y á mi Dios: él espira en un infame madero, revestido únicamente de la afrentosa ignominia del Calvario; y yo, miserable de mí, ¿tengo aliento para presentarme en su templo revestida de púrpura, y cubierta de pedrería? una corona de penetrantes espinas ensangrienta cruel su divina, su delicada cabeza; y la mia brilla con el resplandor del oro. Abandonándole sus discípulos, hartándole de oprobios los judios; y á mi todos se apresuran solícitos por honrarme, todos me respetan, y me veo rodeada de una numerosa corte. ¿Es este el profundo respeto con que debo venerar á mi gran Dios? ¿es este el agradecimiento de que por tantos títulos le soy deudora? ¿es este el amor con que correspondo á su amor? Así se desahogaba Isabel, cuando el dolor se exaltó hasta sofocarle la voz: mudósele el color, púsose pálida, pasmóse, desfalle-*

ció. Desmayóse Ester á vista del aparato majestuoso del trono; y queda Isabel sin sentido á vista de la majestad de un Dios en cuya presencia se anonada. Llevaba debajo de sus magníficos vestidos un áspero cilicio. Pero ¿quién podrá explicar dignamente su caridad con los pobres! Toda miseria enternecía su corazon, y su corazon enternecido desterraba con pronto socorro toda miseria. Como Dios es la misericordia misma, y nunca se deja vencer en punto de liberalidad, manifestaba con prodigios lo agradable que le era la caridad de Isabel. Habian de comer en público los landgraves un dia de ceremonia: ya estaban esperando á Isabel para sentarse á la mesa, y la santa iba con alguna priesa para que el landgrave no aguardase tanto por ella, cuando oyó á un pobre que le pedía limosna. No tenia que darle á la sazón, y le dijo que tuviese un poco de paciencia que muy presto se la enviaria; pero el pobre, que no entendia de razones, volvió á instar que no pasase adelante sin socorrer á un miserable. No pudo resistirse á estas palabras su caritativo corazon: paróse, y movida de compasion mandó que diesen á aquel pobre su mismo manto, que no era de poco precio. Recibióle el pobre, y salióse al instante de palacio. Un cortesano, que fué testigo de aquella accion caritativa, se adelantó para referirsela al landgrave: este salió al encuentro á Isabel, y le dijo: *Pues, señora, ¿qué habeis hecho de vuestro manto? Allí está colgado*, respondió la santa. Con efecto, acercóse el principe al sitio que señalaba la princesa; y vió el manto, tocóle, y halló ser el mismo que habia dado al pobre. Así autorizaba Dios con milagros la caridad de Isabel. Movida de esta misma extraordinaria caridad, se resistia á vestir galas por aborrazar con que socorrer mas abundantemente á los pobres. En cierta importante ocasion obró Dios tambien otro prodigio para que no quedase avergonzada de que la vie-

sen en un humilde traje menos correspondiente á su grandeza. Enviaba el rey de Hungría una solemne embajada al landgrave, su marido; y como este no la viese con toda aquella magnificencia que correspondia á la celebridad de la embajada, le dijo, no sin algun desabrimiento: *Señora, estoy corrido de que no estéis vestida como era razon para recibir á los embajadores de tan gran rey. Perded, Señor, cuidado*, le respondió la santa, *ya sabeis que nunca deseé agradar con mis vestidos á los ojos de los hombres temiendo desagradar á los de Dios*. Despues que los embajadores expusieron su comision al landgrave, desearon besar la mano á la princesa. Admitiólos á su audiencia, y luego que se dejó ver la santa, aquel Señor, que está vestido de gloria, cercado de magnificencia, y todo cubierto de luz, derramó súbitamente sobre la princesa un esplendor tan extraordinario, que quedaron asombrados los embajadores. Embargadas las palabras con el pasmo, con la admiracion y con el respeto, solo pudieron decir que no creian hubiese en todo el universo princesa mas virtuosa ni de mayor mérito.

Sabiendo muy bien que la ociosidad es la cosa mas opuesta á la verdadera virtud y devocion, empleaba en la labor todo el tiempo que le sobraba de sus ejercicios espirituales y obras de misericordia en que se ocupaba. Era verdadero retrato de Isabel el que hace el Espiritu Santo de la mujer fuerte en la sagrada Escritura; humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida como correspondia á su elevacion, pero sin profanidad, inspiraba á todos veneracion á la virtud, haciéndola amable su apacibilidad y su modestia. Admiraba y hechizaba á todos el agrado con que recibia y con que trataba á todo el mundo. Una de sus principales atenciones era el vivir bien con el esposo que el cielo le habia concedido, cuidando de fomentar la paz y la virtud en su familia. Ni era la

menor de sus prendas la vigilancia sobre todas las personas de su corte, y la exactitud en pagar el sueldo á los que estaban en su servicio, dándoles socorros y ayudas de costa extraordinarias en sus urgencias y necesidades; de modo que en su palacio todos la miraban como á madre.

No consistia la labor de sus manos en obras de oro y seda para emplearlas en la vanidad: trabajaba con sus damas en rastrillar y en hilar lana, de que hacia fabricar paño para vestir á los pobres y á los religiosos de san Francisco; pero la labor mas ordinaria y la que era mas de su gusto era remendar los vestidos de los pobres, y lavar por sus manos la ropa de los altares. Sobre todo triunfaba en los hospitales su heroica caridad, avergonzando, por decirlo así, con ella y con su fervor á las personas mas fervorosas y mas caritativas. No parecia posible caridad mas heroica, mas verdaderamente real ni mas cristiana, que la de nuestra Isabel.

El año de 1225 afligió á toda Alemania una cruel hambre; y aprovechando la ocasion de hallarse ausente el landgrave, mandó repartir entre los pobres de Turingia y de Hesse todo el trigo que se habia recogido en sus estados. Y porque los pobres no tuviesen el trabajo de subir al castillo de Marpurg, edificado sobre un peñon elevado y escarpado, mandó fabricar un hospital muy capaz á la falda del peñasco y todos los dias bajaba á él la santa á pié muchas veces para atender personalmente á todas sus necesidades. A unos hacia las camas, á otros les sazónaba por sus manos la comida, y á todos los servia con tanto zelo, con tanto amor y con tanta solicitud, que desde entonces la comenzaron á llamar la madre de los pobres. A su vista se mantenian todos los dias novecientos, sin los demás que de su orden se sustentaban en sus estados.

Luego que el landgrave se restituyó de su viaje á la Pulla, acudieron á él sus tesoreros, y le dieron grandes quejas de los excesos y de la profusion en limosnas de la princesa su mujer. El landgrave, á quien los ejemplos de esta habian hecho uno de los principes mas cristianos del mundo, les respondió: *Puesto que no se ha perdido ninguna de mis plazas, estoy muy contento, y no menos seguro de que nada me faltará mientras mi esposa la princesa tenga libertad para dar á los pobres lo que quisiere*: máximas muy dignas de tan gran príncipe, á quien con razon se le apellidaba Ludovico Pio. Movido de esta misma generosa y sólida virtud, tomó la cruz en la Cruzada que el papa mandó predicar contra los infieles para el recobro de la Tierra santa. Solo el motivo de la religion pudo hacer soportable al príncipe y á la princesa una separacion tan dolorosa; pero este no fué mas que un preludio de los sacrificios que queria el Señor le hiciese nuestra santa.

Apenas llegó el landgrave á Otranto en la Calabria, cuando cayó mortalmente enfermo, y murió en aquella ciudad el dia 11 de setiembre del año de 1227. La noticia de esta muerte fué una de las mas terribles pruebas que la princesa tuvo que sufrir. Luego que tributó los últimos fúnebres obsequios á la tierna memoria de su difunto marido, se despojó de todos sus ornamentos, y se vistió de lana como una mujer humilde y particular. Desprendida ya de lo que mas amaba en la tierra, tardó muy poco en desembarazarse de todo lo que poseia en ella. A instancia de los grandes tomó el gobierno de los estados el jóven Enrique, hermano del landgrave difunto. Hizose causa á la princesa como disipadora en limosnas de las rentas del estado. Despojósela de todos sus bienes, arrojósela ignominiosamente de palacio, sin familia, sin criados y sin tren, reducida á pedir limos-

na. No hubo quien la quisiese recoger en su casa por miedo al nuevo gobierno. Pasaba todo el dia en la iglesia, y de noche se refugiaba en un establo medio derribado donde solian abrigarse los mendigos, sustentándose con unos mendrugos de pan que le daban por caridad ocultamente y á escondidas. En tan universal abandono y en tan lastimoso estado, le salia al semblante la interior alegría del corazon, á pesar de un tratamiento tan indigno. Desde la primera noche de su desgracia, y luego que amaneció el dia siguiente se fué á la iglesia de los religiosos franciscos, y mandó cantar en ella el *Te Deum* en accion de gracias. Inmediatamente despues hizo voto de perpetua castidad, juntamente con dos damas suyas de honor que nunca la quisieron abandonar, teniendo la santa á la sazón solos veinte años. No es fácil explicar lo mucho que tuvo que padecer de los parientes del landgrave, su marido, de los grandes del país y aun de sus mas ínfimos vasallos; permitiéndolo así Dios para que resplandeciese mas su eminente santidad, y para dejar al mundo el ejemplo mas ilustre de la paciencia cristiana. Movido de compasion un santo sacerdote viendo que de todas partes la arrojaban, aun de los hospitales que ella misma habia fundado, le quiso recoger en su casa; pero no bien habia entrado en ella, cuando la hicieron salir con tropelia y con violencia. De esta manera la hija de un gran rey, la mujer de uno de los principes mas poderosos de Alemania, la madre del heredero de todos aquellos grandes estados, y la madre de todos los pobres se vió reducida á la última necesidad, á la mas abatida y mas lastimosa miseria.

Pero un estado de tanta humillacion y de tanto abatimiento no fué capaz de turbar su tranquilidad y su alegría, ni de alterar un punto aquella constante dulcisima mansedumbre. Habiéndola reconciliado con

Enrique, su tío, el obispo de Bamberg, hizo que se le entregase su dote. No bien le recibió, cuando le repartió entre los pobres; y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, tomó el hábito de la Tercera órden de san Francisco, siendo despues su mas ilustre ornamento.

No contenta con padecer todo lo que podia ser mas repugnante al amor propio, lo mas duro, lo mas fuerte, lo mas insoportable á su cuna, á su elevacion, á su estado y á sus floridos años, añadió á las antiguas penitencias otras nuevas que tocaban la raya de excesivas. Eran todo su sustento unas yerbas ó legumbres cocidas en agua, sin otra sazón ni salsa, y unos mendrugos de pan duro. Su vestido de lana tosca sin teñir y de vil precio; cuando se rompía ó estaba muy usado, le remendaba con los mas humildes trapos que le venian á la mano; y habiendo dado á los pobres todo cuanto tenia, hilaba lana para ganar de comer. Hizo fabricarse en Marpurg una choza de tierra cubierta de tablas tan mal unidas, que no eran capaces de defenderla contra el rigor de los temporales. En medio de estas voluntarias penitencias le servia de grande consuelo tener en su compañía á sus queridas Ysentrudis y Guta, mas amantes y mas fieles á su señora en tiempo de su desgracia, que en el de su mayor esplendor. Tambien le pidió Dios este sacrificio: costóla mucho; pero se le consagró luego que su director, hombre interior y espiritual, le dió á entender que aquel apego era algun estorbo á la perfeccion.

No podia menos de ser muy poderosa con Dios una virtud tan eminente. Vió en sueños una noche el triste estado en que se hallaba la reina su difunta madre: levantóse de la cama, y púsose en oracion, pidiendo al Señor por el descanso de su alma. Volvióse á acostar, y en otro segundo sueño se le apare-

ció la difunta reina, y le dió gracias por haberla librado de las penas que padecia, asegurándole que sus oraciones eran sumamente agradables á los ojos de Dios. Vino á visitarla un caballero jóven, llamado Bertoldo, de vida muy estragada, y quedó tan compungido á vista de la modestia y de la virtud de la princesa, que la rogó le encomendase á Dios pidiéndole su conversion. *Si hablas de veras y con sinceridad* (le replicó la santa), *hagamos oracion los dos*. Luego que el jóven se puso en oracion con la princesa, se sintió enteramente mudado, y su corazon tan penetrado de un vivísimo dolor por sus desórdenes pasados, que comenzó á exclamar: *Basta, Señora, basta: oidas han sido del Señor vuestras oraciones*; y despidiéndose de Isabel, tomó el hábito de san Francisco pasando el resto de sus dias en pobreza, en oracion y penitencia.

Muerta Isabel enteramente al mundo, solo vivia en el amor de su Dios, á quien jamás perdia de vista. Era su vida una continuada oracion, y su oracion, una contemplacion elevada. La ternura y la confianza en la santísima Virgen era la devocion de su cariño, no acertando á hablar de esta Señora sino arrebatada de gozo, y como estática de amor. Quiso, en fin, premiar el cielo cuanto antes una virtud tan extraordinaria; y habiéndosele aparecido Jesucristo, la convidó con la estancia feliz de los bienaventurados. Noticiosa del dia de su muerte, se preparó para ella con renovacion visible de su acostumbrado fervor; y aunque no era grave, al parecer, la enfermedad que sentia, quiso recibir los santos sacramentos, lo que hizo con tan tierna, con tan fervorosa devocion, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Las conversaciones que tuvo despues, todas eran de la mayor edificacion, todas vivas y eficaces, dirigidas á ponderar las ventajosas dulzuras que se experimentan en

el amor de Dios, y la despreciable vanidad de las grandezas humanas. Tres dias antes de su muerte pidió que á nadie se dejase entrar en su cuarto sino precisamente á los que podían ayudarla á bien morir. En fin, el dia 19 de noviembre del año 1231 entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador á los veinte y cuatro años de su edad, siendo los cuatro últimos de su vida una cadena continuada de durísimas tribulaciones.

Cuatro dias estuvo expuesto el cadáver por el inmenso concurso de gentes que acudió de todas partes á venerarle con ansiosa devocion. Enterróse despues con grande solemnidad en la capilla inmediata al hospital de Marpurg que la misma santa habia edificado, manifestando Dios despues de su muerte la santidad de su fidelísima sierva con muchedumbre de milagros. Cuéntanse diez y seis muertos resucitados, sin una infinidad de enfermos desahuciados que cobraron la salud por su poderosa intercesion; tanto, que el papa Gregorio IX muy informado ya de la heroica santidad de la princesa desde el primer año de su pontificado, cuatro años despues de su muerte la canonizó y puso en el catálogo de los santos con solemnidad verdaderamente extraordinaria.

El año siguiente, que fué el de 1236, fué elevado de la tierra el santo cuerpo por el arzobispo de Maguncia, y expuesto á la pública veneracion de los fieles, asistiendo á esta ceremonia el emperador Federico II, el cual levantó el primero con sus imperiales manos la losa de la sepultura, y puso al cadáver una corona de oro en la cabeza. Halláronse presentes á esta devotísima funcion el jóven landgrave Herman, hijo de la santa, y las princesas Sofia y Gertrudis, hermanas del landgrave, y tambien hijas de la misma Isabel. El concurso de prelados y de principes del imperio y del otro gentío que acudió á esta solemne

traslacion del santo cuerpo fué tan grande, que se asegura pasaba de doscientas mil personas. Extendióse por toda la ciudad la suavísima fragancia que exhaló su sepultura, y fueron encerradas las preciosas reliquias en una rica urna que se colocó en el altar del hospital. Parte de ellas se trasladaron despues á la iglesia de los carmelitas de Bruxelas, y parte á la magnífica capilla de Roche-Guyon á las orillas del rio Sena.

*La misa es en honor de la santa, y la oracion la que sigue:*

Tuorum corda fidelium, Deus miserator, illustra, et beatæ Elisabeth precibus gloriosis, fac nos prospera mundi despiciere, et cœlesti semper consolatione gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Alumbra, ó Dios de misericordia, los corazones de tus fieles, y movido de los gloriosos ruegos de santa Isabel, haz que menospreciemos las prosperidades del mundo, y que experimentemos continuamente la alegría de los consuelos celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 31 de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? Procùl et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vite suæ. Quæsit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longè portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. La pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de

prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non exstinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus, et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex elementariæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiarum congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Cifrióse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cingulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada: también su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tu aventajaste á todas. Es engañoso el donaire y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadla del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

## NOTA.

« Sacóse esta epistola de los Proverbios del libro de Salomon. En él se encuentran reglas de vivir para todos los estados. Uno de los mas bellos rasgos de este libro es el retrato de una mujer perfecta. Tiénesa por cierto que en él hace Salomon el elogio de su madre Betsabée, la cual reparó su culpa con la penitencia, y, segun san Bernardo, llegó á un eminente grado de virtud. »

## REFLEXIONES.

*¿ Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que las riquezas que vienen de las últimas extremidades de la tierra. Este es el mas magnífico, el mas bello elogio que se puede hacer de una mujer excelentemente virtuosa. Pero el día de hoy ¿ se podrá aplicar á muchas este magnífico elogio? Ensalzase en él la modestia, la compostura, la circunspeccion de una señora cristiana que en un traje majestuosamente modesto y sencillo coloca todo su mérito en desempeñar perfectamente hasta las mas menudas obligaciones de su estado, y en hacerse distinguida por su humildad y por su ejemplar edificacion. Alábase su aplicacion y su desvelo en prevenir las menores necesidades de todos aquellos que están á su cuidado. Alábase su amor al retiro, su desvio de las concurrencias mundanas, y su aborrecimiento á todo lo que sea galas, fausto, ostentacion y profanidad. El santo temor de Dios, dice el Espiritu Santo, que es el principio de la sabiduría, es tambien en ella como la basa, como el cimiento de todas sus nobles prendas. Teme á Dios y le ama; siendo una de sus primeras atenciones el cuidado de vivir bien con el esposo que el cielo*

le destinó, y de mantener la paz y el orden en su arreglada familia. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, vestida segun su condicion, segun su clase, pero nunca con profanidad, inspira á todos respeto y veneracion á su virtud. Hácese admirar por el grave, pero apacible agrado con que trata á todo el mundo, no menos que por sus palabras, las cuales respiran todas peso, juicio, discrecion, honestidad y prudencia. Ni es la menor de sus celebradas prendas la exactitud con que paga el salario á sus criados, y el amoroso desvelo con que los socorre en sus necesidades. Pero sobre todo, su caridad con los menesterosos le gana el corazon de los pobres. El tiempo que no le roban las obligaciones de su estado, las devociones y el ejercicio de otras obras de misericordia, le emplea todo en la labor, huyendo cuidadosamente de la ociosidad como el escollo mas peligroso de la inocencia y de la virtud. El retrato es muy vivo; es verdaderamente original; pero ¿se podrá llamar copia fiel de muchas señoras de nuestros tiempos? No pinta el Espíritu Santo á su cristiana heroína con los naipes en la mano: conténtase con ponerle en la mano un huso y en la cintura una rueca. ¿Entrarian hoy estos instrumentos en el retrato de una dama á la gran moda? ¿Cuántas hay que, acabando de salir del polvo de su nacimiento y de la bajeza de su condicion, pensarían acreditarse de mujeres plebeyas y ordinarias si las vieran con una rueca en la cintura! En este retrato que hace el Espíritu Santo, ¿se hallan por ventura muchos rasgos que se parezcan á aquellas damas que pasan la vida en el juego, en el baile, en los pasatiempos y en profanas diversiones?

*El evangelio es del cap. 13 de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus      En aquel tiempo, dijo Jesus á  
discipulis suis parabolam hanc:      sus discipulos esta parábola: Es

Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagænæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena, la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondieronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un Padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.